

TODA UNA VIDA

Raquel Canales Pérez

Buscó las llaves en el bolso con impaciencia revolviendo el contenido una y otra vez. Realizar la indagación a la escasa luz que ofrecía la farola e intentar sostener el vestido sin que se cayera tampoco facilitaba la tarea. Un chispazo de lucidez le hizo tentarse el bolsillo de la cazadora y sentir cómo esa agua que bullía a borbotones se apartaba del fuego y se aquietaba. Allí estaban. Cuando la cerradura se dejó hacer y la puerta cedió con su característico graznido, la sensatez y la calma que normalmente le acompañaban volvieron a tomar las riendas de la situación.

El taller la recibió tan ordenado como siempre, tal y como su abuela Mercedes y su tía Sole le enseñaron desde bien pequeña. Las telas colocadas por colores en los estantes de la izquierda, los retales recogidos en cestas y nada junto a las máquinas. Nunca se marchaban dejando una labor a medias bajo la aguja. Se remataba y se guardaba la pieza para seguirla trabajando al día siguiente.

Para Marta, aquel espacio representaba toda su vida.

Su madre la tuvo muy joven como resultado de un embarazo no deseado y, cuando un hombre de dudosa reputación apareció por el taller buscando a una joven costurera con promesas de negocios y prosperidad en el París de la Francia, no se lo pensó dos veces y se fue allí dejándola atrás, en aquel taller comandado por su abuela y su tía. Ella no la recordaba, así que tampoco la echaba de menos. Su infancia olía a telas y sonaba a voces femeninas que le cantaban y le llenaban los días de cariño y bondades. Mujeres que trabajaban sin descanso entre franelas, algodones e hilos, al compás del soniquete de las máquinas, con alegría en ocasiones y con desánimo en otras, según soplasen los vientos de la existencia.

Se quitó la cazadora y la colocó junto con el bolso en el perchero. Después colgó el vestido y lo sacó con cuidado de su funda. Quería verlo bien antes de hacerle los arreglos necesarios.

La seda negra se encontraba en buen estado. La abuela se había encargado con tiento de mantenerla alejada de la humedad. Una vez le preguntó cómo se había hecho con esa tela de tan buena calidad en aquellos años de represión. Mercedes le contó que alguien que la consiguió de contrabando se la regaló. Pero no le dijo quien.

A Marta le encantaba la manga larga y abullonada que terminaba abrazando la muñeca cortada a la altura exacta, tal y como se podía ver en la foto de boda que había en el pequeño despacho del taller. En ella, el escote en pico de solapas estrechas culminaba en una flor de azahar realizada en tela que no se había conservado. La abuela lucía una espléndida figura de busto generoso y cintura de avispa, coronada con un casquete negro con tapafeas, que la misma Marta había utilizado como complemento estrella en la boda de su mejor amiga.

Siempre le gustaron aquel vestido y la imagen de su abuela junto a su ya marido, al que se agarraba con el brazo izquierdo mientras que, con su brazo derecho, se rodeaba la cintura apoyando la mano en el otro costado. Lo diseñó, cortó y cosió ella misma, inspirándose en varios

recortes de revistas con imágenes de actrices con trajes de fiesta. Aquellas mangas eran dignas de las mismísima Lauren Bacall.

Acarició el vestido antes de descolgarlo y esbozó una sonrisa recordando la cara de su abuela cada vez que se negó a prestárselo. Ni hablar, con este vestido me iré a la tumba, le contestaba siempre.

Mercedes había fallecido a última hora de la tarde tras despedirse de todos y a ella le hizo prometer que le pondrían el vestido para el entierro, no sin apuntar con guasa que le iba a tocar echar alguna hora en el taller porque los años habían ido tomando forma alrededor de su cuerpo. Y en ello estaba.

Colocó la pieza sobre la mesa de corte. El cuerpo iba entallado a la cintura y abotonado hasta la cadera para desembocar en una falda larga con volumen, tan característica de los años cincuenta. Fue soltando los botones uno a uno con cuidado de no dañar la seda que los cubría para poder valorar si soltar las pinzas sería arreglo suficiente.

Al abrir el escote para indagar en las costuras descubrió un pequeño bolsillo bajo la costilla izquierda con un papel doblado en su interior. Los sacó con cuidado. Leyó.

Cárcel de Almazán, 6 de octubre de 1943

Querida Mercedes,

Espero que recibas esta cara por medio de mi hermana, que ha venido hoy a visitarme por ser éste mi último día. Mañana yo y varios compañeros más compareceremos ante la justicia de las sombras tras los fusiles y nos reuniremos con el resto de los considerados enemigos del régimen las Matas de Lubia. Imagino que la sentencia de los juzgados habrá llegado al pueblo e imagino, también, que no te han permitido verme.

Pero no quiero malgastar estas líneas disertando sobre la equidad y la libertad. Te las quiero dedicar a ti, que me acompañas en este viaje en el que nos embarcamos conocedores de los riesgos que entrañaba. Mujer valiente, firme y apasionada. La vida me regaló tu amor, compañía y coraje, y con ello me voy.

Eres la fuerza y el sosiego que me guiarán en este último paseo colmado de felicidad por tu presencia en mí. Nada puede arrebatarme la calma que me produce perderme en tu recuerdo.

Esto es solo un mal bache en el camino, Mercedes. Tú debes seguir adelante, nuevos planes y emociones te conquistarán, y te pido que los abrasces con ese ímpetu y ese arrojo que tanto admiro y que tanto me han enseñado.

Acércate, por favor, a la escuela y habla con los niños. Que no estén tristes. Que su maestro les quiere y confía en que van a ser los mejores alumnos del mundo, como siempre.

Estoy seguro de que continuarás cosiendo de alegrías la vida de muchas familias.

Por siempre en mi corazón.

Te quiere,

Fernando

Se quedó sin aire, ahogada en una torrentera incontenible de emociones que anegó su pecho y desembocó en sus ojos. Aquella carta representaba en sí misma todo el amor y todo el dolor. Le vino a la mente la imagen de su abuela en la fotografía de boda, con la mano apoyada sobre su costado. Cumplió. Siguió con su camino. Pero con él.

Se recompuso lo mejor que pudo, dobló la cuartilla con cuidado y la dejó sobre la silla para poder trabajar en el vestido sin estropearla.



Lo desabotonó del todo y le dio la vuelta para poder soltar las pinzas con soltura y sin hacer ningún estropicio. Con eso sería suficiente. El cuerpo de su abuela había cambiado, pero siempre fue una mujer delgada y de porte señorial.

Mientras se afanaba con la tijera pensaba en el maestro. Sus cavilaciones iban, venían y se cruzaban a la par que los hilos iban cayendo de la seda para ajustarse a las nuevas circunstancias.

Cuando terminó, lo planchó a conciencia y lo volvió a guardar en su funda. Quería llegar a casa sin demora para poder vestirla.

Antes de salir, recogió con tiento la carta de la silla, fue a la oficina y la metió en un sobre para protegerla.

Cruzó las calles del pueblo y las sintió tan silenciosas que creyó que su paso acelerado y el eco de sus pensamientos la delatarían ante la quietud del sueño que envolvía a sus habitantes.

En la casa le esperaban la tía Sole, el tío Alfredo y la prima Ángela. En el pasillo, dos vecinas velaban por el alma de la fallecida. Se dirigió a tía Sole.

- Tía, ayúdame a vestir a la abuela, anda.
- No hace falta, niña. Ahora llegará Aurora, de la funeraria, y se encargará de todo.
- Quiero hacerlo yo -insistió con convicción-, y quiero que me ayudes.

Ambas pasaron al dormitorio de Mercedes, donde el cuerpo yacía sobre la cama a la espera de ser devuelto a la tierra. Marta dejó el vestido sobre un butacón que había junto a la ventana y se acercó a Sole con el sobre en la mano. Sacó la carta y se la enseñó a su tía, preguntándole si sabía algo. Sole la miró extrañada, sin comprender qué era ese papel viejo del que le hacía entrega. Lo desdobló y, al leer el encabezado, no necesitó seguir adelante. Su rostro se sumió en sombra y suspiró negando con la cabeza. Fantasmas que dormían en un rincón oculto en su memoria despertaron de pronto.

- ¿Dónde la encontraste?
- En un bolsillo secreto en el interior del vestido de boda. Justo a la altura de donde ella coloca su mano derecha en la foto.
- Un bolsillo secreto. Cómo no -apuntó Sole-, mostrando una triste sonrisa de medio lado.

Marta tenía la sensación de estar perdida. Su tía y su abuela habían guardado pedacitos de historia que no habían compartido con ella. La miró en silencio a la espera de una explicación.

- Durante la guerra, y también después, mucha gente del pueblo fue encarcelada. Nosotras éramos unas jóvenes costureras aprendices de modista en el taller. Cuando acabó la guerra, Fernando vino destinado como maestro a la escuela. En cuanto llegó el invierno apareció por el taller a que le hiciésemos un abrigo. El pobre desconocía cuánto frío podía llegar a hacer aquí. Y allí fue donde Mercedes y él se enamoraron. Él y tu abuela ayudaban a las familias a subsistir y a mantener el contacto con sus allegados en las cárceles. Ellos, sobre todo mujeres, escribían notas de esperanza a maridos e hijos que sólo podían visitar de cuando en cuando. Se acercaban al taller con la excusa de que necesitaban alguna ropa. Entonces, Mercedes les cosía un bolsillo secreto dentro del forro de una chaqueta o de un pantalón que ellas les llevaban a sus familiares cuando los visitaban en la cárcel. Siempre pasaron el registro de los guardias. A mí me parecía muy arriesgado, pero ya conoces a tu abuela. Y a ellos se les veía tan bien juntos ... Querían casarse. De hecho, fue Fernando quien le regaló la seda con la que Mercedes

se hizo su vestido de boda. Me extrañó que la usara tantos años después de lo ocurrido. Pero ahora lo entiendo. –Hizo una pausa. Suspiró, pensativa-. Por su parte, Fernando mandaba a los niños comidos de la escuela. Una boca menos que alimentar. Años después, uno de esos niños, convertido ya en un jovencito, acudió a él en busca de ayuda. Necesitaba esconderse. Había atacado a un guardia civil que había abusado de su hermana y lo andaban buscando. No tuvieron suerte, y los apresaron esa misma noche.



Ambas miraron a Mercedes, sobrecogidas. No era necesario decir más. Tenían el tipo de entendimiento que el tiempo concede a los espíritus que han bailado juntos los vaivenes de la vida.

Marta tomó el vestido y lo sacó de su funda. Desabrochó uno a uno cada botón de seda, lo abrió, y con la mayor de las delicadezas devolvió la carta a su lugar original. Entre las dos, y no sin dificultad, vistieron a Mercedes y la peinaron.

Por último, Marta colocó el brazo derecho de su abuela sobre su cintura, dejando así que su mano cubriese aquel bolsillo secreto en el que guardó un pedazo de vida.

Al marcharse, la observó desde la puerta y supo que Mercedes se despedía como ella deseaba: radiante con su vestido de novia y acompañada por el maestro en su último paseo hacia el altar.